y, como no pueden volar juntas, el enjambre continúa pendiente.

Si ninguna abeja volara sin esperar á las demás, el enjambre no cambiaría nunca de sitio.

Más, que vuele una sola. Tras ella volará otra, y después otra, y otra, y otra, hasta que por fin acabará por volar todo el enjambre.

—Hombres de corazón, abejas precursoras, volad, volad. Los otros os seguirán.

LEÓN TOLSTOY.

El yigüirro triste

Allá está en la jaula, pensativo y solo, el yigüirro triste.

Quizás recuerda el calorcito de su madre..... aquellas alas que á manera de techumbre lo abrigaban del sereno y de la lluvia; ó piensa talvez en los insectos que ella misma le buscaba en las orillas de los yurros, para venir después, alegre, á pararse en el borde del nido y darle el alimento, con tal desinterés, como ninguna madre lo haría con su hijo.

Pobre!

Ahora que pasa tan solo, puede que recuerde sus primeros pasos, cuando lleno de inquietudes se lanzó á la vida, siempre atento á los consejos de su madre.

Ella le decía:

"Hijo, no temas, salta al borde del nido. Sigue por acá: aquí tienes un sostén; lánzate y vuela, que para eso te dió Naturaleza las alas. Brinca al suelo. Palpa y ama la Tierra, que es quien te da el sustento; corre alegre por encima de ella y cántale un himno de amor."

Sí, todo eso recuerda. Recuerda también las dificul-